

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El tiempo recobrado

A la busca del tiempo perdido, VII

el paseo | central, 40

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

El tiempo recobrado

A la busca del tiempo perdido, VII

Edición anotada y puesta al día
de Mauro Armíño

el paseo, 2024

Título original: *À la recherche du temps perdu*
Le Temps retrouvé

© de la traducción, prólogos y notas: Mauro Armiño, 2024

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com

1.^a edición: noviembre de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordonos Ortiz

Revisión de índices: Marta Sánchez Hidalgo

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (VOLUMEN) 978-84-19188-14-4

DEPÓSITO LEGAL: SE-2615-2024

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

<i>El tiempo recobrado</i> (<i>A la busca del tiempo perdido</i> , VII)	9
RESUMEN	445
§	
ÍNDICES <i>A la busca del tiempo perdido</i>	457
Índice de personas	459
Índice de lugares	567
Índice de obras artísticas y literarias	593

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El tiempo recobrado¹

A la busca del tiempo perdido, VII

¹ Cuando en 1918 Proust edita *A la sombra de las muchachas en flor*, este libro anuncia la continuación de la siguiente forma: «Tomo v: *Sodoma y Gomorra* – *El tiempo recobrado*: vida en común con Albertine – Los Verdurin se pelean con M. de Charlus – Desaparición de Albertine – La pena y el olvido – Mlle. de Forcheville – Excepción a una regla – Estancia en Venecia – Nuevo aspecto de Robert de Saint-Loup – M. de Charlus durante la guerra: sus opiniones, sus placeres – *Matinée* en casa de la princesa de Guermantes – La adoración perpetua – El Tiempo recobrado». A esta estructura inicial responden algunos de los episodios desarrollados en el inicio de este último volumen, como la homosexualidad de Saint-Loup, adscrito a «Nuevo aspecto de Robert de Saint-Loup».

La página 75 del manuscrito contiene la conversación con Gilberte que remata *La fugitiva*; en la página siguiente, Robert Proust incluyó de su propia mano: «El tiempo recobrado (Cahier xv / Tiempo recobrado / pág. 73 bis»; y tras la página 77 en blanco arranca el cuerpo de la novela, con el desarrollo del episodio del cuarto de Tansonville, incorporado bastante tarde por Proust al texto.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Toda la jornada, en aquella casa algo demasiado campestre que solo parecía un lugar de siesta entre dos paseos o durante el charrón, una de esas casas en las que cada salón hace pensar en una pérgola, y donde bajo el papel pintado de las habitaciones las rosas del jardín en una, los pájaros de los árboles en la otra, os han alcanzado y os hacen compañía –al menos uno a uno–, porque eran viejos papeles pintados donde cada rosa estaba tan separada que se hubiera podido cogerla de haber estado viva, enjaular cada pájaro y domesticarlo, sin nada de esas grandes decoraciones de las habitaciones de hoy día donde, sobre un fondo de plata, todos los manzanos de Normandía han ido a perfilarse en estilo japonés para alucinar las horas que pasáis en la cama; toda la jornada la pasaba yo en mi cuarto que daba a las bellas vegetaciones del parque y a las lilas de la entrada, a las hojas verdes de los grandes árboles a orillas del agua, centelleantes de sol, y al bosque de Méséglise.² En definitiva, miraba todo esto con placer solo porque me decía: «Qué bonito tener tanta vegetación en la ventana de mi cuarto», hasta el momento en que en el vasto cuadro verdeante reconocí, pintado en cambio en azul oscuro, simplemente porque estaba más lejos, el campanario de la iglesia de Combray. No una figuración de ese campanario, ese campanario mismo, que, poniendo así ante mis ojos la distancia de las leguas y los años, había venido, en medio de la luminosa vegetación y en un tono completamente distinto, tan oscuro que casi parecía solo dibujado, a inscribirse en el recuadro de mi ventana. Y si salía un momento de mi cuarto, al final del pasi-

² En este principio añadido, Proust retoma el *leitmotiv* inicial de *A la busca del tiempo perdido*: el cuarto de Tansonville, los campanarios y la naturaleza de Combray (*Por la parte de Swann*, t. I, pág. 11); ese retorno al cuarto de la infancia abre también *La parte de Guermantes* (t. III, págs. 411-412), volumen que se inicia asimismo con la habitación de Doncières (*Ibid.*, t. III, págs. 104-106).

llo percibía, porque estaba orientado de otra forma, como una franja escarlata, la tapicería de un saloncito que no era sino una simple muselina, pero roja, y presta a incendiarse si le daba un rayo de sol.

Durante estos paseos Gilberte me hablaba de Robert de Saint-Loup como si estuviera alejándose de ella, pero para correr tras otras mujeres. Y es cierto que eran muchas las que atestaban su vida, y como ciertas camaraderías masculinas para los hombres que gustan de las mujeres, con ese carácter de defensa hecha en vano y de lugar inútilmente usurpado que tienen en la mayoría de las casas los objetos que no pueden servir para nada. A Tansonville Robert fue varias veces mientras yo estaba allí. Era muy distinto de como lo había conocido. Su vida no lo había engordado, ni entorpecido, como a M. de Charlus, sino todo lo contrario, porque, operando en él un cambio inverso, le había dado el aspecto desenvuelto de un oficial de caballería –y aunque hubiera presentado su dimisión en el momento de su matrimonio– hasta un punto que nunca había tenido. A medida que M. de Charlus se había vuelto más torpe, Robert (que desde luego era infinitamente más joven aunque se notase que con la edad no haría otra cosa que acercarse más a ese ideal, como ciertas mujeres que sacrifican resueltamente su cara al detalle y a partir de cierto momento ya no dejan Marienbad³, pensando que, si es imposible conservar al mismo tiempo varias juventudes, la del tipo seguirá siendo la más capacitada para representar a las otras) se había vuelto más esbelto, más rápido, efecto contrario de un mismo vicio. Esa velocidad tenía por otra parte diversas razones psicológicas, el temor a ser visto, el deseo de no dar la impresión de tener ese temor, la febrilidad que nace del descontento de uno mismo y del aburrimiento. Solía frecuentar ciertos lugares de mala nota en los que, como quería que no lo vieran entrar ni salir, se precipitaba para ofrecer a las miradas malévolas de hipotéticos transeúntes la menor superficie posible,

³ Legrandin hacía el mismo elogio, casi con las mismas palabras, en *La fugitiva* (t. VI, pág. 304), de esta famosa estación termal de Bohemia occidental. A partir de estas líneas, Proust aplica a Saint-Loup la misma descripción con que en *La fugitiva* (t. VI, págs. 304-305) hacía el retrato de Legrandin.

como quien se lanza al asalto. Y se le había quedado aquel andar de ráfaga de viento. Tal vez esa forma de andar también esquematizaba la aparente intrepidez de quien pretende mostrar que no tiene miedo y no quiere darse tiempo para pensar. Para ser completo habría que tomar en consideración el deseo, a medida que envejecía, de parecer joven e incluso la impaciencia de esos hombres siempre aburridos, siempre desencantados, que son las personas demasiado inteligentes para la vida relativamente ociosa que llevan y en la que no se materializan sus facultades. La ociosidad misma de estos puede traducirse sin duda por la indolencia. Pero, sobre todo desde que los ejercicios físicos gozan de tanto favor,⁴ la ociosidad ha asumido una forma deportiva, al margen incluso de las horas del deporte, y que se traduce por una vivacidad febril que cree no dejar al aburrimiento tiempo ni espacio para desarrollarse, y no ya por la indolencia.

Mi memoria, la memoria involuntaria misma, había perdido el amor de Albertine. Pero parece que haya una memoria involuntaria de los miembros, pálida y estéril imitación de la otra, que vive mucho más tiempo, como ciertos animales o vegetales privados de inteligencia viven mucho más tiempo que el hombre. Las piernas, los brazos, están llenos de recuerdos aletargados. Cierta vez que me había despedido de Gilberte bastante pronto, desperté en medio de la noche en el cuarto de Tansonville, y todavía medio dormido llamé: «Albertine». No era que hubiese pensado en ella, ni soñado con ella, ni que la tomase por Gilberte: era que una reminiscencia brotada en mi brazo me había hecho buscar detrás de mí la campanilla, como en mi cuarto de París. Y, al no encontrarla, había llamado: «Albertine», creyendo que mi amiga difunta estaba acostada a mi lado, como solía hacer a menudo por la noche, y que nos dormíamos juntos, contando al despertar con el tiempo que Françoise necesitaría

⁴ La boga del deporte se había iniciado en Francia en el último cuarto del siglo XIX, siguiendo el modelo británico, con numerosos ensayos publicados sobre el tema y la necesidad de la educación física para la juventud. Fue en los liceos donde se extendió rápidamente; por ejemplo, en el Condorcet, donde estudió Proust, se fundó en 1882 el Racing Club de France. Doce años más tarde, Pierre de Coubertin creaba el primer Comité Olímpico Internacional.

antes de llegar para que Albertine pudiera sin imprudencia tirar de la campanilla que yo no encontraba.

Al volverse –al menos durante aquella fase enojosa– mucho más seco, Robert apenas demostraba ya hacia sus amigos, hacia mí por ejemplo, ninguna sensibilidad. Y en cambio tenía con Gilberte fingimientos de sensiblería, exagerados hasta la comedia, que desagradaban. No es en realidad que Gilberte le fuera indiferente. No, Robert la amaba. Pero le mentía todo el tiempo; su espíritu de doblez, si no el fondo mismo de sus mentiras, era perpetuamente descubierto. Y entonces solo creía poder salir del paso exagerando hasta proporciones ridículas la tristeza real que le causaba apenar a Gilberte. Llegaba a Tansonville, obligado, decía, a marcharse a la mañana siguiente para un asunto con cierto señor de la región que se suponía lo esperaba en París y que, encontrado precisamente por la noche cerca de Combray, revelaba involuntariamente la mentira de la que Robert había descuidado avisar al decir que había venido a la región para descansar un mes y que no volvería a París hasta entonces. Robert se sonrojaba, veía la sonrisa melancólica y orgullosa, salía del apuro insultando al metepatas, regresaba a casa antes que su mujer, hacía que le entregaran un billete desesperado en el que le decía que había mentido para no apenarla, para que, al verlo marcharse por una razón que no podía decirle, no creyese que no la amaba (y todo esto, aunque lo escribiera como una mentira, era en definitiva verdad), luego mandaba preguntarle si podía entrar en su cuarto y allí, mitad tristeza real, mitad enervamiento de aquella vida, mitad simulación cada día más audaz, estallaba en sollozos, se inundaba de agua fría, hablaba de su muerte próxima, a veces se desplomaba sobre el suelo como si se hubiera encontrado mal. Gilberte no sabía hasta qué punto debía creerle, suponía que Robert mentía en cada caso particular, pero que en líneas generales la amaba, y se inquietaba ante aquel presentimiento de una muerte próxima, pensando que tal vez tenía una enfermedad que ella ignoraba, y por eso no se atrevía a contrariarlo y a pedirle que renunciara a sus viajes.

Por lo demás, yo comprendía tanto menos los motivos por los que hacía que Morel, lo mismo que Bergotte, era recibido como hijo de la familia en todas partes donde estaban los Saint-Loup,

en París, en Tansonville. Morel imitaba a Bergotte⁵ de maravilla. Al cabo de cierto tiempo ya no hubo necesidad siquiera de pedirle que lo imitase. Como esos histéricos a los que ya no hay que dormir para que se vuelvan esta o aquella persona, él mismo entraba de golpe en el personaje.

Françoise, que ya había visto todo lo que M. de Charlus había hecho por Jupien y todo lo que Robert de Saint-Loup hacía por Morel, no sacaba la conclusión de que fuera un rasgo de carácter que reaparecía en ciertas generaciones entre los Guermantes, sino que más bien –dado que Legrandin ayudaba mucho a Théodore– había terminado por creer, ella, una persona tan moral y tan llena de prejuicios, que se trataba de una costumbre vuelta respetable por su universalidad. De un joven, fuera Morel o Théodore, siempre decía: «Ha encontrado un señor que siempre se ha interesado por él y que lo ha ayudado mucho». Y como en tal caso son los protectores los que aman, los que sufren, los que perdonan, entre ellos y los menores que corrompían Françoise no dudaba en adjudicarle el mejor papel, en parecerle de «buen corazón». Criticaba sin la menor vacilación a Théodore, que le había jugado muy malas pasadas a Legrandin, y sin embargo no parecía que apenas pudiera tener dudas sobre la naturaleza de sus relaciones porque añadía: «Entonces el pequeño comprendió que tenía que poner algo de su parte y le dijo: “Lléveme con usted, lo querré mucho, lo mimaré mucho”, y palabra que ese caballero tiene tan buen corazón que, por supuesto, Théodore está seguro de encontrar a su lado quizá mucho más de lo que merece, porque es un calavera, pero ese señor es tan bueno que muchas veces le he dicho a Jeannette (la novia de Théodore): “Pequeña, si alguna vez se encuentra usted en apuros, vaya a ver a ese señor. Antes se acostaría en el suelo y le daría a usted su cama. Ha querido demasiado al pequeño (Théodore) para echarlo a la calle. Puede estar segura de que no lo abandonará nunca”».

⁵ El pasaje fue escrito en mayo de 1921, antes de la redacción de la muerte de Bergotte, que ya narra *La prisionera*; también ha vuelto a reaparecer vivo en ese mismo título (*La prisionera*, t. v, págs. 198 y ss., y 244).